

Una armonía de Caprichos

Alejandro Bekes

El arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

RUBÉN DARÍO

Orillas del mar

Escribir se parece tanto a la esperanza y a la aventura, que por contraste resulta miserable el ámbito que circunda la obra ya escrita y publicada, como si en el acto de escribir la letra estuviese viva, palpitante y rabiosa como un pez recién sacado del agua, pero después, dispuesta ya entre las tapas de un libro, fuese de verdad letra muerta, reducción de la energía en el polvo, de la alegría en la sombra.

Escribo ahora frente al mar, sentado bajo una sombrilla. Sobre la línea blanca de la espuma, dándome la espalda, como sin decidirse a entrar en las olas, hay una chica de hermoso cuerpo y de largo cabello. Su mirada, que no veo, parece abismarse en la lejanía, en el horizonte de ancha curvatura donde asoman blancas algunas velas. La mía, en cambio, sube de mi libreta a ella y de ella se difunde por el paisaje, pero pronto a ella retorna, como atraída por un imán. Ahora se vuelve, se acerca, pasa cerca de mí, quizá me mira al pasar porque ve que la miro. Es una chica como todas, bonita, sí, y muy joven; pero la magia se ha desvanecido. La magia estaba en verla de espaldas, en imaginar su rostro, sus ojos perdidos en el azul, soñando lo que no está.

Lo que está es apenas el velo que vela lo que no está. Y sin embargo, esta gritona realidad debería bastarme; el viento que remueve el estuario me da frío y amenaza llevarme la sombrilla; el sol, que juega con la espuma y resplandece en el agua, calcina los cuerpos extendidos en la arena y enriquece a los vendedores de pomadas y tal vez a los dermatólogos; la arena que sirve de juguete a los niños se deja invadir por la sal del Atlántico, igual que hace millones de años, igual que hace cinco siglos apenas, cuando Juan Díaz de Solís visitó, muy a su costa, esta tierra de antropófagos, igual que hace veinte años, cuando Alfon-

so era chico y yo escribí en esta arena el comienzo de un poema que desde entonces me acompaña, sin importar lo que de él piensen otros, como memoria de mi olvido.

Me gustaría escribir algo tan delicioso y liberador como esa música de Debussy que se llama «En barco» o como aquella historia de un velero que vi en mi niñez y que se llamaba «Aventuras en el Paraíso». Pero no tengo fuerzas suficientes para salirme de la realidad cotidiana, la realidad visible que vela la otra, y entonces tengo que escribir solamente acerca de mí mismo, sin pretender que sé lo que ocurre en la tierra, en mi país, en mi casa. Mi gesto de escribir no puede ser más que el gesto de una vigilante ignorancia. Un deseo, un arrojito, algo muy bello en sí aunque del todo inútil.

La clave del diseño

En el diseño helicoidal cuyo principio constructivo sobrevive en este fragmento de conchilla, está sin duda el número áureo, la clave del universo. La vitalidad natural parece hallar espontáneamente su forma; lo mismo sucede, tal vez, con la obra de arte, cuando ella parte de una armonía sustancial, cuando es auténtica, en suma. Si la obra se frustra, si el impulso se agota y el edificio queda trunco, ¿no será porque un obstáculo íntimo en el alma del artista impide el libre juego del espíritu? Qué duda cabe. De donde vengo a justificar aquella frase del compositor que dedicaba su tiempo más productivo a meditar. No, creo ahora, a meditar sobre su obra, sino a ponerse en paz consigo mismo, a buscar el sitio profundo, la fuente íntima y secreta de donde la música verdadera puede brotar. Es lo que dice también aquel soneto de Rilke (lo leo en la delicada versión de Antonio Romero Márquez):

Vamos en la corriente.
Pero el tiempo que vuela
es pura bagatela
ante lo consistente.

Cuanto es urgente,
apenas si es primicia,
solo lo permanente
es lo que inicia.

Joven, no gastes, ciego,
ni en la velocidad
ni en el volar, tu ardor.

Todo es sosiego:
tiniebla y claridad,
libro y flor.

Admitamos, a modo de comentario ocioso, escritos sin por qué ni para qué una perdida mañana a orillas del mar, los versos que siguen:

Sin esfuerzo la concha halla su línea,
la halla el hueso del feto y aquel verso
de Lope. Lo mejor, el arte puro
y la virgen creación, saben adónde
se encuentra, sin buscarla, la perfecta
cifra de su vigor, su clara música.
Deja, pues, de forzar el nacimiento
de lo que de la sombra luz no quiere,
de cuanto está en silencio y sin palabra,
sea porque su tiempo no ha llegado,
sea porque no hay tiempo que lo aguarde.

Historia animalium

Claudio Eliano vivió en Roma por los tiempos de Septimio Severo, más o menos entre 170 y 235 d.C.; era latino de pura cepa, nacido en Preneste, pero escribió toda su obra en el más puro griego ático. Acerca de su *Historia de los animales*, la Wikipedia (que trae sobre Eliano un artículo muy completo y agradable) nos dice que su credulidad puede chocar al lector moderno; yo siento, al contrario, que no hay nada más regocijante. Leo, por ejemplo, sobre cierto pez llamado *anthías*, desconocido para nosotros, lo que sigue (en versión de José María Díaz):

Los peces a los que los hombres expertos en la pesca marina llaman *anthías* se ayudan unos a otros como hombres leales y buenos camaradas de guerra; tienen sus guaridas en el mar.

Así, cuando se dan cuenta de que un compañero ha caído en el anzuelo, se ponen a nadar a toda velocidad, apoyan su dorso contra él y, cayendo encima y empujando con fuerza, tratan de impedir que sea izado. También los escaros son buenos defensores de sus congéneres. Como que se aproximan al capturado y se afanan por romper con los dientes el sedal para salvarlo y, muchas veces, logran romperlo dejándolo libre, sano y salvo, sin pedir compensación alguna. No pocas veces fracasan en su intento, a pesar de haber puesto en ello todo el entusiasmo posible. Dicen también que cuando el escaro cae en la nasa deja la cola fuera y entonces los otros, que están nadando alrededor libres, clavan sus dientes en él y sacan fuera a su compañero. Pero si es la cabeza la que queda fuera de la nasa, uno de los de fuera ofrece su cola, que el cautivo agarra con los dientes y la sigue. Esto es lo que hacen, amigos, estas criaturas. Aman sin haber sido enseñados: su amor es innato.

(La *nasa* no es una agencia para la investigación espacial, sino una red de pesca sostenida por un aro.) El método de este breve artículo es el que de aquí en adelante más empleará el autor: luego de atribuir a un animal una conducta perfectamente humana, la explica de manera coherente sin preocuparse de la verosimilitud; peces entusiasmados, que tienen la delicadeza de no morder a su compañero en la cabeza ni aun para salvarlo, sino que le ofrecen la cauda, y que practican un amor que nadie les enseñó, constituyen un asunto muy digno de atención. Supongo que el primer inventor de este tipo de investigación ha sido Heródoto (que no tuvo empacho en hablar de hormigas del tamaño de un perro pequeño, de las varias camadas sucesivas que llevan las liebres en su matriz y de las serpientes aladas que custodian el incienso), pero ese programa de generar maravillas había sido después muy explotado en su enciclopedia universal por Plinio el Viejo. Cuando llegó nuestro Claudio Eliano, no tuvo más que saquear a su gusto a sus antecesores; es difícil que se le ocurriera salir al campo para estudiar a los animales, teniendo ya todo el material necesario en cómodos rollos de papiro. (No se trata de una crítica: si hubiera ido al campo, imagino que solo nos habría ofrecido lo mismo que ahora nos enseñan los zoólogos, o algo parecido, lo cual sin duda no es menos maravilloso.)

Al método descrito se agrega una agradable costumbre, que hoy reprocharíamos a los alumnos de las escuelas: la de amontonar noticias inconexas. Véase, por ejemplo, este pasaje, subtítulo «Odio entre animales»:

La tortuga y la perdiz se profesan mutua antipatía. Lo mismo les ocurre a la cigüeña y al guión de codornices res-

pecto a la gaviota. Y la pardela y la garza bueyera odian a la gaviota cana. [...] La perca es el pez más lujurioso. En Feniceo de Laconia es posible oír hablar de hormigas blancas.

La honestidad de Eliano se ve en que no pretende saber siempre todo; veamos lo que nos dice sobre la cabra:

La cabra tiene una cierta ventaja para tomar el aire exterior, como refieren los cuentos pastoriles, porque inspira el aire por los oídos y por las narices, y tiene una percepción más penetrante que otros animales de pezuña hendida. Yo no sé decir la razón. Y solo digo lo que sé. Pero si la cabra fue también invención de Prometeo, él sabrá cuál fue su intención al hacerla.

Finalmente, la maldad de ciertos animales solo puede adjetivarse como barroca:

La foca, según tengo entendido, vomita su propia leche cuajada para que los epilépticos no puedan curarse con ella. A fe que la foca es una criatura maligna.

Un arte antiguo

Hace poco leí un artículo sobre la esteganografía, el arte de enviar mensajes cifrados sin que parezcan mensajes, ni cifrados. Como si me lo hubiera dicho Carlos Argentino Daneri, lo relacioné inmediatamente con la literatura. Recordé algunos artificios imaginados por Swift en el tercero de los *Viajes de Gulliver*. Textos donde *una criba* significa «una dama de la corte», *una bandada de gansos*, «el Senado», *una llaga supurante*, «la administración pública», y así por el estilo; o una frase que parece tener (y tiene) su sentido propio, aunque ridículo, pero que para quien está en el secreto, por medio de un anagrama, significa otra cosa. Recordé la película *Inception* (en castellano, *El origen*) en la que un grupo de individuos intenta entrar en los sueños de alguien para «sembrar» en su mente una idea, de la que esperan obtener un provecho, obviamente monetario (tratándose de una película de este origen, qué otra cosa podía ser). Recordé finalmente el cuento de Boccaccio en que una dama, queriendo llamar la atención de un hombre que no ha reparado en ella, acude al confesor de este, le dice que ese caballero ha intentado seducirla y le pide que lo disuada de su asedio. El cura habla con el hombre y lo reconviene; el hombre se sorprende y protesta su inocencia, pero en vano: la palabra de una mujer que defiende su buen nombre es incontrastable... La situación se repite dos o tres veces, hasta que el caballero comprende lo que espera la dama. Le envía un mensaje directo, ella le responde, y para abreviar se hacen amantes, gracias a los inocentes pero eficaces mensajes del cura.

Si los doctores nombrados arriba tienen razón, se podrían curar enfermedades o permitir que alguien logre algo, llegando a su yo profundo mediante un mensaje de este tipo: un cuento, una fábula o un poema que digan una cosa y secretamente anuncien otra. Sortearíamos así las capas conscientes del receptor —ya sabemos que la conciencia es el enemigo— y llegaríamos a las zonas donde su yo no puede oponer resistencia. Imagino, y quizá no sea tan obvio, que toda literatura auténtica hace esto. Nos educa, profundamente, sin que nos demos cuenta. ¿Ha de ser este tal vez (perdón por la jerga) «el currículum oculto» del que hablan los pedagogos? No eran nada vanos, en consecuencia, los reparos de Platón a ciertos pasajes de la *Odisea*. Si, como le dice la sombra de Aquiles al azorado Odiseo, «preferiría entre los vivos labrar la tierra como esclavo de un hombre sin patrimonio, a reinar sobre todos los muertos», entonces la vida siempre es preferible a la muerte, la muerte es lo que debemos evitar a toda costa, nadie querrá ir a la guerra, la ciudad no tendrá defensores. La cadena lógica es irrefutable, a menos que discutamos el valor de la ciudad y de su defensa. Pero la moraleja de esta fábula es demasiado evidente: la capta la conciencia, no tendrá efectos sobre la zona oscura en que se deciden nuestros actos. El Evangelio de Juan deja entender que los judíos mataron a Cristo: ¿no justifica esto, a la larga, la «solución final»? Y la moraleja es bastante obvia. Sin duda los efectos *sociales* de los relatos pueden ser bien visibles: la masa no opone resistencia, el pueblo es un niño a quien se lleva de la mano. El demagogo no necesita mucha más sutileza que el pedagogo, o que los «creativos» de la publicidad.

Como bien sabían los rétores antiguos, convencer a uno solo es más difícil que persuadir a una multitud. El arte de la dialéctica es más complejo que el de la retórica pública; requiere otros medios. Pero no hablamos aquí de dialéctica, que se dirige a la razón consciente, sino de poética, que habla al yo profundo mediante el método esteganográfico, es decir, enviándole un mensaje secreto envuelto en un mensaje más o menos evidente. En qué medida la tragedia *Edipo Rey* es más educativa que una fábula esópica, dígalo mejor Aristóteles. O en todo caso, pensemos nosotros en qué medida los animales de la fábula esópica hablaron a nuestra niñez de algo que no cabía en ninguna moraleja. O incluso, las ilustraciones que acompañaban a esas fábulas: yo amaba el dibujo a pluma, negro sobre blanco, de un lobo gris que intenté copiar muchas veces... ¿No será ese feroz animal, ese lobo de la estepa, el que todavía aúlla en las noches más oscuras del alma, cuando nadie vigila? ¿En qué napas, cavernas y túneles de nuestra mente se albergan las personas del sueño,

los tiranos sutiles que nos dictan enteros, los reyes olvidados de que habló también Carlos Mastronardi? ¿En qué lugar de nuestra noche suenan siempre las armonías y timbres de una canción lejana, o las ominosas *aes* de un poema francés: *César, calme César...*?

Hay un cuento, de las *1001 Noches*, que deberíamos contarles a todos los niños y a los ya no tan niños. Se llama «El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro». Tres hermanos abandonados a la corriente del Tigris en una canastita; tres tesoros en lo alto de una montaña; una vieja y un viejo que se limitan a dar su señal cada uno; una bola negra que rueda hasta donde empieza el camino; una doble hilera de piedras negras (todas son caballeros encantados) que hablan odiosa y perversamente; una muchacha que se tapa los oídos con cera, para no oír esas voces; la subida y el éxito; el feliz retorno al jardín del origen: un ave sabia, un árbol que da música, un agua constante del color del oro. La visita del rey. Y pepinos rellenos de perlas.

Lo que dice el agua

Sentado en el muelle viejo, oigo pasar el gran río debajo. Yo sé que el agua cuenta una historia, pero no sé cuál es. Acaso nunca aprendí del todo el lenguaje del agua. Años y años escuchándolo, creyendo a veces que lo entiendo, y ahora no sé si puedo descifrar de él una sílaba. Nunca se cansa de correr, de mugir, de murmurar, de parlotear, de decir... Estoy acá y me siento. ¿Me ocupo de mí mismo? No lo sé. Vivo como puedo, como todos. Combatido, acosado, apremiado, urgido, puedo todavía venir a este muelle a escuchar el perpetuo fluir del agua. El agua inmensa y turbia de mi río, que me cuenta siempre la misma historia, que no sé descifrar.

El espía

Las palabras estaban ahí, dentro de la máquina, desordenadas sutilmente en las letras del teclado. Bastaba con golpear las teclas en el orden correcto, una por una, doscientas o trescientas mil veces, y el libro estaría hecho. El único problema era aquel que miraba por encima de su hombro. ¡Qué fácil sería escribir —pensó él— sin ese espía permanente que parecía controlar, supervisar, censurar cada frase, cada imagen, la invención más secundaria y menuda! Es verdad que no decía una palabra a favor o en contra: no parecía respirar siquiera. No sonreía, no fruncía el entrecejo, no se encogía de hombros. Simplemente miraba. Y era bastante. No era posible escribir así. Ese lector exigente y ausente le vedaba el acceso al libro no escrito. Ese lector imaginado le borraba las letras antes de que llegaran a conformar las palabras. Ese lector lo sumergía en el silen-

cio como un brazo robusto sumerge a un gatito recién nacido en el agua helada. Por eso fue que dejó en absoluto de escribir y por eso murió, asesinado por un futuro lector a quien no le dio nunca la posibilidad de existir.

Un buen resumen

«Elena Vasilievna, que nunca ha querido a nadie salvo a su cuerpo y que es una de las mujeres más estúpidas del mundo, se presenta ante la gente como una inteligencia superior y refinada, y todos se inclinan ante ella. Napoleón Bonaparte ha sido despreciado por todos mientras era grande, y desde que es un vulgar comediante, el emperador Francisco hace todo lo posible por darle a su hija como concubina. Los españoles dan gracias a Dios, por medio del clero católico, por haber vencido a los franceses el catorce de junio, y estos, también por medio del clero católico, rezan por haber vencido a los españoles ese mismo día. Los hermanos masones juran por su sangre que están decididos a sacrificar todo por su prójimo, pero no pagan su rublo de cuota para los pobres e intrigan y hacen gestiones para obtener el auténtico tapiz escocés y un acta cuyo sentido no entiende ni siquiera el que la ha escrito ni es necesaria para nadie. Nosotros todos profesamos la ley cristiana del perdón por las injurias y el amor al prójimo, ley por la que hemos erigido en Moscú cuarenta veces cuarenta iglesias, y, sin embargo, ayer han azotado hasta la muerte a un soldado desertor y el defensor de esa ley de amor y de perdón, el sacerdote, le hizo besar la cruz antes del castigo».

LEÓN TOLSTOI, *Guerra y paz*, VIII, I

Traducción de Irene y Laura Andresco

Dos "planchas" que no hubiera soñado Juan de Mairena

En el primer año del Profesorado de Lengua, como final de una problemática definición de *Occidente*, intento explicar de qué modo el monoteísmo marca nuestra cultura, y les hablo de Horacio. «Horacio es un hombre muy civilizado y sensato —digo— con quien uno podría entenderse perfectamente, soslayando el problema del latín... Pero cuando habla de su religión no lo puedo seguir; me cuesta creer que alguien venerase seriamente a Mercurio, Apolo y Baco, que para mí no pueden ser más que figuras alegóricas». Una alumna muy jovencita me pregunta alegremente: «Horacio Quiroga, ¿no?». Le explico, sin alterarme, que se trata del poeta latino que vivió en la época de Augusto, y escribo en el pizarrón las fechas de su nacimiento y muerte: 65 a.C. – 8 a.C. Me dispongo a seguir mi razonamiento, aunque no con la seguridad de antes, cuando una segunda chica observa: «¿Cómo 65 y 8? ¿No

es al revés? Las fechas están mal». Tuve que explicarle que cuando las fechas son antes de Cristo, la más alta es anterior a la más baja. Comprendí lo que debe de sentir un pájaro al que lo bajan de un hondazo en pleno vuelo.

En un tercer año de la Facultad, intento explicar qué entendemos por conocimiento científico. Escribo en el pizarrón la frase: «La Tierra es el centro del universo» y pregunto qué opinan. Nadie opina nada. Una alumna cabecea, durmiéndose, en el primer banco, los otros parecen pensar en otra cosa. Escribo debajo: «El sol es la estrella más grande». Ahora, aunque con pocas ganas, opinan algo: opinan que está bien, que la proposición es verdadera. No logro contener una exclamación. Desairadamente, como quien tiene que explicar un chiste que no ha sido entendido, les hago ver la cuestión de las distancias astronómicas, les hablo de Próxima Centauri, les cuento mi cuento de la nave espacial que viajó doscientos años hacia esa estrella, sacrificando seis generaciones, les hablo de las gigantes rojas... Y vuelvo a la primera frase. «Durante siglos —explico—, todos, incluso los sabios, pensaron que la Tierra era el centro del universo; hasta que Galileo demostró, con argumentos convincentes, que se movía alrededor del sol y de su propio eje». La atención de la clase se mantiene más o menos como antes. «¿Qué diremos entonces? —pregunto con calculada ironía—: ¿que la Tierra fue realmente el centro del universo hasta que Galileo demostró lo contrario?». Una chica del fondo me mira asustada y luego afirma con la cabeza. Los demás la miran y al fin todos imitan el gesto, asintiendo. Desde el fondo del naufragio, o como si pensara que toda luna es atroz y todo sol amargo, escribo entonces mi tercera frase: «Las ballenas son peces». Explico que todos creyeron eso hasta que los biólogos vieron que las ballenas respiran aire por medio de pulmones, paren a sus crías y las amamantan. ¿Diremos que las ballenas eran peces hasta que se demostró que eran mamíferos? «No, eso no», me responden. Parece que a tanto no llega el poder de los biólogos.

Giulia y yo

Dos páginas por el borde vertical, después cuatro por el horizontal dentado; las cuatro siguientes, sueltas por el borde vertical, solo requieren que se les corte el horizontal dentado. Giulia me mira con evidente curiosidad mientras corto las páginas de este libro, *Verlaine y los modernistas españoles*, de Rafael Ferreres, que he comprado hace poco. Escuchamos, Giulia y yo, música de Ravel. Es *Dafnis y Cloe*. Suena una flauta y sentimos un mundo de ninfas, de guirnaldas, de fuentes en la roca, de amores ingenuos, de aventuras con final feliz, de sensualidad pagana y fresca que llega, mágica, desde lejos. Le digo a Giulia

que esta música nos llega desde mucho antes de nuestro nacimiento: del mío, que sucedió hace más de medio siglo, y del suyo, que apenas fue hace cuatro meses. Frente a más de dos mil años, ¿qué diferencia hay? Ella me mira y parece sonreírme con sus ojos verdes, de pupila vertical. Verlaine y Ravel se habrían alegrado de conocerte, Giulia. Y a tu hermanita Octavia también; andará por allí, jugando con un ovillo o un lápiz, o durmiendo sobre un sillón. El día brilla afuera, Dafnis y Cloe se buscarán entre la espesura del bosque, junto a la gruta de las ninfas, y se besarán sin saber qué viene después.

Todo en ella encantaba...

A la memoria de mi hermana

Libros inolvidables: libros que nos acompañan, sin que nos demos mucha cuenta, toda la vida, y para los que cuenta muy poco que hayan alcanzado el ingreso al canon de quien diablos sea que dicta las preferencias obligadas de los lectores, o que se hayan quedado de este lado. Y quién sabe si no es mejor que sigan de este lado, en la penumbra donde guardamos las cosas más queridas, lejos de la luz pública que afea todo... Releía para mis alumnos, hace unos días, el poema «Gracia plena», el más entrañable, tal vez, de aquel entrañable libro de Amado Nervo, *La amada inmóvil*. Y descubrí algo que no recuerdo haber dicho sobre él, en la oblicua, ambigua y acaso ingrata apología que le dediqué hace un tiempo. El poema dice:

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía,
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...

Y más adelante:

Una dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.
Más que muchas princesas, princesa parecía...

Y lo que creí descubrir allí (quizá por enésima vez) es la penosa y pasmosa comprobación de que la esencia, la incomparable e irreplicable presencia única del desaparecido ser que nos fue íntimo, o como habría dicho Shakespeare, *the thing she was*, se pierde irremediadamente a partir del día mismo en que cae el terrón sobre su féretro; que esa persona amada (que estamos tan seguros de no olvidar nunca) sufre ahora la ley común y se disgrega, cae bajo la humillación infinita de disolverse en olvido, del mismo modo que su cuerpo se deshace en la tierra... De esta sorpresa siempre renovada, siempre insoportablemente

te angustiada, y del deseo de evitar ese destino atroz, nació tal vez este poema, como una flor única de amor hacia la amada muerta.

Era llena de gracia, como el Avemaría,
¡y a la fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Un ejemplar de la especie

Tres horas después de medianoche, un llanto infantil lo despierta. Mira fugazmente al espejo y ve un ejemplar maduro, y algo más que maduro, de *Homo sapiens*: no demasiado feo ni particularmente hermoso; lo bastante típico para ser considerado uno del montón. Hay en la cara desvelada un aire de cansancio y tristeza, que no proviene quizá de algo personal ni de la suma de sus años, sino de un estado de la especie. Apenas si un exceso de irritabilidad o de sensibilidad exacerbada, una cierta ansiedad por cosas que no existen o dificultad para aceptar lo que no tiene remedio, pudieran distinguirlo del término medio; pero es posible que esto sea más bien una ilusión suya: si algo distingue a esta raza de antropoides sin pelo es justamente esa condición de su piel y de lo que ellos mismos llaman su espíritu, una condición que los lleva a buscar siempre más allá, a no saciarse en lo seguro y cierto, a combatir por lo que ya es desesperado y a no admitir la muerte. Quizá en él haya algo más, un sentimiento de la historia, podríamos decir, aunque no hay que descartar factores orgánicos infinitamente más prosaicos. Un sentimiento de que la historia ha llegado a un punto crepuscular: una inquietud por el futuro; el llanto infantil quizá lo induzca a esta ilusión de decadencia, a preguntarse qué será de su mundo agitado y menesteroso, donde la violencia y la estupidez llevan siempre la ventaja por sobre la delicadeza y el mérito. Y allí le parece ver una clave de esa cara que lo observa con tan lejana pesadumbre; la impresión de un profundo fracaso que no es suyo sino de todos; un fracaso que nace de experiencias que la memoria no puede sobrellevar, de miles de hombres escuálidos sometidos a golpes y a gritos entre alambradas y perros, de miles de hombres quemados por fuego que llueve desde aviones, prodigios del ingenio que desafían la naturaleza y multiplican el dolor hasta empalidecer los infiernos de la antigua barbarie; de miles y miles que sobreviven revolviendo montañas de basura, mientras quienes los gobiernan sonríen bien maquillados ante las cámaras, exhibiendo *urbi et orbi* los éxitos de su gobierno, que pueden ser vistos a la vez en todas partes gracias a una compleja red de satélites. Se pregunta cómo ha sido posible todo esto y por qué; por qué el conjunto de los hombres no prefirió la inteligencia, la ternura y la música; por qué no podan su codicia y dejan

florecer la amistad; por qué se niegan, por imbecil orgullo, a buscar el modo de ser todos un poco menos infelices... No es imposible, es claro, que todos esos vicios estén pintados o latentes en la cara que mira desde el espejo; y que de allí proceda el resto de esa incomprensible tristeza y de ese extraño cansancio. Los ojos se apartan al fin de esa imagen y casi como si se miraran a sí mismos, entornados los párpados, se preguntan melancólicamente si habrá realmente un futuro donde la niña que ahora ha vuelto a dormirse pueda vivir y ser dichosa. Si, como dijo un gran poeta, aún guarda la esperanza la caja de Pandora. De Pandora, aquella criatura que había recibido del creador todos los dones.

Termópilas

Honor a aquellos que en su vida
custodian y defienden sus Termópilas.
Y más honor merecen todavía
los que prevén (y muchos lo prevén)
que al fin Efiltes aparecerá
y que los persas pasarán al fin.

Así Kavafis. Lo que dice el último verso, si fuera verdad, no debería abatirnos; en las creaciones del espíritu, importa más la actitud que el resultado. Aunque el calentamiento global o la locura colectiva nos amenacen, importará siempre hacer nuestra siembra. Si tenemos amor por la palabra, habremos logrado algo; no importa que se pierdan nuestros nombres y la memoria de nuestros hechos, si se salva nuestra palabra, por modesta que sea. Suelo imaginar la tarea de un poeta oral de los Tiempos Oscuros de Grecia; un borroso heredero de viejos cantares sobre la guerra de Troya y el regreso de los aqueos a la patria; él los repite para los niños, o para los campesinos analfabetos, sin saber bien por qué; siente solamente que esa es su misión y que debe cumplirla. Gracias a él se salvará algún verso, que siglos más tarde sabrá aprovechar Homero. Toda una vida trabajosa, para salvar un verso, o quizá un epíteto o dos: Agamenón *rey de hombres*, Héctor *domador de caballos*. Así es como se forja el lenguaje, que es la sede del pensamiento. Así estamos seguros de dejar algo a los que vendrán. Nuestra existencia es efímera, nuestra tarea incierta; la palabra es indestructible. El viento borraré las pirámides, pero no a Heródoto; la lluvia terminará de roer los foros de Roma, pero no a Horacio. El oro del saber se guarda repartiéndolo, permitiendo que se vuelva a acuñar; el buen vino de la poesía se preserva invitando a todos al banquete. En la economía del espíritu, solo cabe el derroche. No nos resignemos a la mediocridad. Pensemos que todavía hay caballeros andantes en el mundo. ■ ■